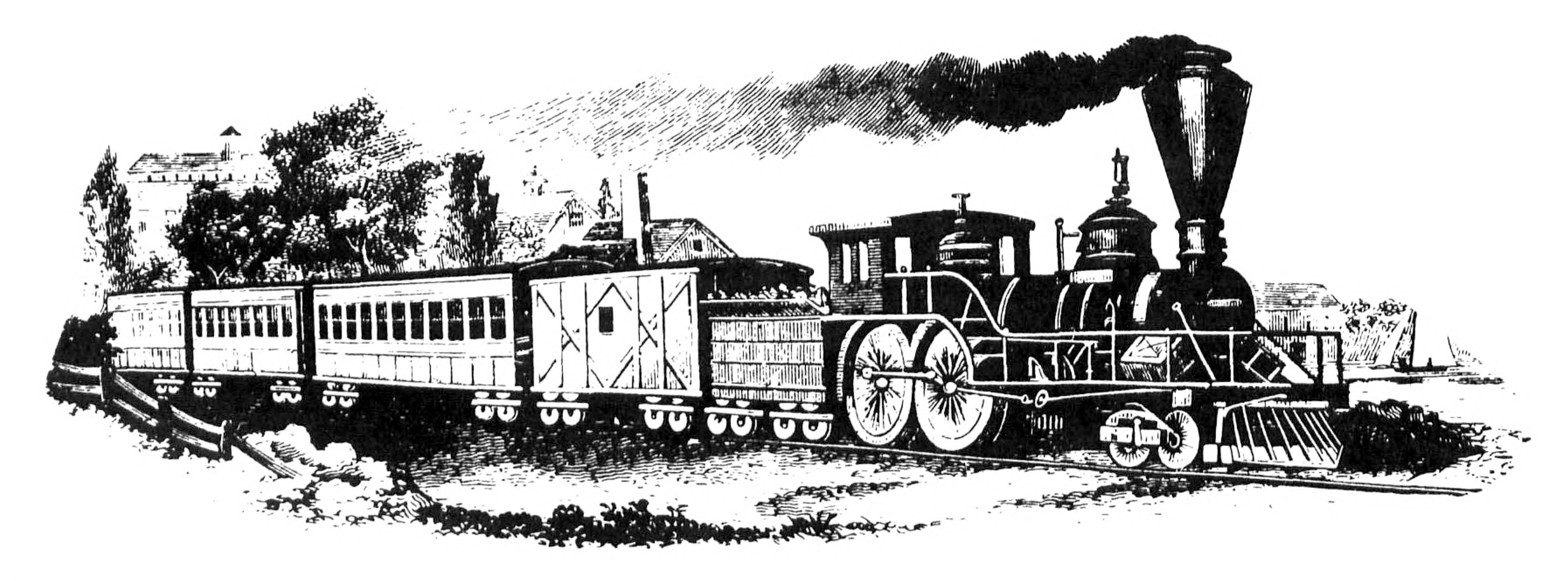
SEIS EN UN TREN

Por Manuel ALONSO ALCALDE

RESERVA número 31, de segunda clase, señor Galiano, peluquero de barrio. Tiene una callosidad en la mano derecha, a causa de las tijeras, y los ojos con cerco de vejez prematura, acostumbrados a la caspa y los cogotes húmedos de sudor. Así que no siente ningún escrúpulo en acomodar la coronilla sobre el respaldo del asiento, pero sí el señor Reque, número 32, que es extremadamente escrupuloso y, por lo mismo, pone cara de conejo. El señor Galiano es dueño de una vieja peluquería, y descansa la cabeza y enciende un cigarro de peluquero y lo deja quemar lentamente entre los dedos para que se le amarilleen un poco más las puntas de sus dedos de peluquero de barrio. Piensa en Conchita y en lo que dirá al verle entrar y en cómo llorará cuando hable de su querido Ernesto y "mira, papá, él sería lo que fuera, pero nos queríamos mucho; sé que no te gustaba, pero nos hemos querido mucho", y dos nietos, y "no sabes lo que nos queríamos, papá", y "ahora viviremos contigo", de la peluquería, todos de la peluquería. Y Ernesto "porque mi fábrica de Santander", pero, sin la peluquería, su viuda y los niños a dormir en la calle. Y el número 32, señor Reque, que es extremadamente escrupuloso, comprueba su reserva y al sentarse, no dice: "Deberían poner un paño, como antiguamente; apoyarse así, es una porquería", pero dibuja un gesto equivalente, y arruga su nariz de conejo, y adopta una postura rígida, eludiendo el contacto, y calcula: "Tres horas y cuarto de viaje, menos hora y media en la cafetería del tren, noventa y cinco minutos. A cuarto de hora por cigarrillo, seis cigarrillos, y uno más para imprevistos. Al sexto cigarrillo, en Medina. Mañana, el Instituto: señores alumnos, hoy, por ser el primer día de clase... Mejor: muchachos, vamos a hablar de... Primera clase. Le temblará la mano, como en los ejercicios de las oposiciones. El Tribunal advierte al opositor que le quedan sólo quince minutos. Primera clase. Temblor." El número 35 otea el andén desde la ventanilla, el IV andén de la Estación del Norte, salida 8,15: el mundo, en este instante. El andén IV constituye ahora el mundo para el número 35. Su cerebro funciona con mecánica de cañería: "Un maletero. Pero ella, no. La maleta, de cuero auténtico. Un muchacho detrás. Su maletón de libros en la carretilla, con el maletero y el muchacho detrás. Mi colegio. Don Trinidad, el cura: "Señor Ferrer, ¿qué traemos hoy? El sexto mandamiento. Ah, bien, siéntese, lo doy por sabido. No hay parvedad de materia en el sexto. Todo pecado. Absolutamente todo pecado. Incluso Amalia, que no llega. Diez, y aparece, Uno, dos, tres, cuatro... El "teenager" y su maletón. Lleva lentes. Demasiadas diotrías para su edad. Ocho, nueve y diez. Tampoco. No llega". Doña Carmen Lobo, reserva número 36, y también treinta y seis años y profesora en partos y soltera y las hormonas un poco revueltas. Quizá el primer aviso. Todavía nada más que dolores de cabeza, y los pómulos de color madera, y como gelatina en los cóndilos, pero demasiadas veces sorprendiéndose a sí misma con el pensamiento en el chico del piso de encima, que tiene veinte años y el pelo revuelto. Lo mejor, un viaje. Necesita reponerse. Trabaja mucho. Cada día más niños. "El mundo no se acaba tan pronto como dicen". A pesar del Orgino, la píldora, y la paternidad responsable. Necesita reponerse y descansar. Salir de Madrid para no pensar en el chico del pelo revuelto. En Burgos hace frío, pero es un frío sano. Y ella necesita reponerse y no pensar. El "teenager" del maletón, número 33, lleva lentes, y el mozo coloca la maleta en la redecilla y él dice: "Gracias", y le da cinco duros y considera que es demasiado, pero al propio tiempo teme que no lo sea. Y se sienta y cruza los pies, y "debí haber dejado alguna asignatura colgada, para poder volver en septiembre. Mi padre destinado a Valladolid. Y ¿por qué yo también a Valladolid, si es a él a quien le destinan? En Valladolid, sexto y Cou, pero después me planto. No quiero ir a la Universidad, papá, tengo otros proyectos. No explicar nada. Y si se empeña en obligarme, coger la puerta y desaparecer. Ya no vivimos en la Edad Media. Al fin y al cabo, yo no te pedí que me engendrases, papá, no tienes derecho a..." Y el número 34 no llega. "Noticias del pedido. —Deme, a ver". Ya no necesita hacer el viaje. "Iré a canjear el billete; a lo mejor aún llego a tiempo de anularlo." No llega. Ni Amalia tampoco. Y el número 35 piensa en el broche de oro y no quiere creer que ella le llamaba "cariñito" sólo porque el broche fuera todo de oro, ni "mañana iré a despedirte a la estación, vidita", a causa precisamente de que fuese absolutamente todo de oro. Y el tren acaba de arrancar, y él murmura: "Ya, no", y se sienta, y se fija en la profesora: "Todavía bonita. Treinta y cuatro años, o tal vez más, pero todavía bastante bonita", y le mira a las piernas, y doña Carmen Lobo, profesora en partos, soltera, dice para sí, con repugnancia: "¡Viejo asqueroso!", y se recoge la falda y observa de pasada al "teenager", y considera: "Guapo. Y sin lentes probablemente más". Pero se asusta al darse cuenta de lo que piensa, ya que se trata de un crío de quince o dieciséis años, y una tentación así resulta demasiado fuera de lo normal; mientras, el señor Galiano, peluquero, cierra los ojos para adormecerse; y el "teenager" decide: "O, si no, me planto al llegar a Cou; para entonces ya tendré dieciséis, ya seré un hombre". Y el número 34: "Ahora estará saliendo el tren. Ha sido una suerte recibir el telegrama tan a tiempo." Y el señor Reque: "Debido a ello, la poesía de Garcilaso, elude siempre la frialdad formalista de su amigo Boscán. A esto venía a referirme cuando..."

(Del libro El hecho de vivir, *de inmediata aparición)*